

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 25 DE MARZO DE 1923

NÚM. 20.214

LA MUERTE DEL SEÑOR

JUEVES SANTO



TOCAN las campanas delirantemente. Las torres semejan molinos con las velas hinchadas y joviales.

Van pasando unas nubes muy raudas y bajas, de blancura de harina y espumas, fres-

cas, pomposas; y la ciudad, los huertos, los sembrados, los rediles y alcores se apagan, se enfrían a trozos, y en seguida vuelve a la claridad caliente y ciselada.

Ornamentos de tisú blanco y de oro; nieblas retorcidas de incienso, cánticos y clamores triunfales de órgano, júbilo magnífico del «Gloria in excelsis...» Y de pronto se duermen las campanas, y en el día estático, ya todo azul, comienza un coloquio de gorriónes, de niños y jardines. Un águila que pasaba se ha quedado mirando la quietud del valle; después ha seguido volando, todo el cielo callado para sus alas rubias.

Y un abuelo nuestro entra despacito en su casona. Le reciben las hijas, que todavía traen las joyas y galas rancias de los Oficios, porque, acabada la comida, han de salir con el hidalgo a visitar los Monumentos... Le toman el Eucologio grande de piel, el eminente sombrero de castor, la caña de Indias... ¿Qué tiene el padre? Le ven en la frente un hondo pliegue de cavilación, y su faz gruesa, rasurada y pálida, denota un agravio grandísimo.

¿Qué le pasa al padre? El caballero se derrumba en una butaca que parece vestida de sobrepellices recién planchadas. No puede contenerse y exclama:

—¡Ya no queda crianza ni piedad en el mundo! ¡Hoy, Jueves Santo, y un Labrador fumaba y se reía con otro en medio de la calle! Yo lo he visto: en la calle de San Bartolomé... ¿No pensáis en lo que se apenaría vuestra madre si viese?

Las hijas piensan en la madre, que estaba hoy tan hermosa con el traje negro brochado y las alhajas arcaicas que ahora llevan las tres huérfanas en sus senos de virgen y en sus pulsos y dedos de cera.

Nuestras pisadas parece que resuenan en las losas venerables de Jerusalén.

El obispo y su cortejo salen del Lavatorio. Rebullen felpas, sedas, blondas; se estremecen muchos párpados esperando la gracia de bendición, y el sol se quiebra en la amatista del prelado.

Retumban los zapatonos militares; viene un macizo de charol de ros, de paño recio, de piel campesina, de manos gordas, que revientan por el algodón del guante, y se mueven exactas en péndulo de ordenanza.

Plañen los mendigos. Cruzan dos frailes. Surge un vuelo de tocas de las Hermanas de la Caridad y desfilan los niños del Hospicio, que se vuelven mirando las confiterías; y una monja descolo-

rida y enjuta les recuerda, que el Señor padeció y murió por todos nosotros. Un ciego canta la oración de las divinas llagas. Un coche hiende el recogimiento como si lo rajase con una proa de herrumbre y de escándalo. Detrás de una vidriera se esfuman las mejillas de un enfermo. Gentes mudadas platican en sus portales... Pasan eclesiásticos, familias, novios, amigos, viejos, mozas y anaca-

los que vuelven del horno, dejando un olor de pastas tibias. Cuelgan banderas a media asta, menos la bandera del Círculo Republicano, en cuyo dintel hay un cartelito, con letra del conserje, que anuncia un «Banquete de promiscuación para los señores socios», y una viejecita, que pasaba rezando, se aparta, se atropella, asustada, porque de un momento a otro puede caer el rayo de la

ira de Dios. Y va rodando, rodando, la carraca de la Catedral...

Las iglesias se quedan solitarias. En los Monumentos hay algunos cirios apagados, porque se retorcieron devorándose a sí mismos. Se aprieta el olor de cera derretida, de flores cansadas; se deshoja una rosa carnal y zumba un insectillo. La urna del Sagrario exhala una pompa hermética de ara, de trono y de féretro. Un congregante abre la puertecita del claustro, y entra un delicioso oreo y palpan las luces, despertándose.

Los claustros, los jardines, aroman bajo la luna llena, la luna de Gethsemani.

El Señor se angustia, acude a los discípulos, que ya se rinden con el sabor del vino de uva roja y de las hierbas amargas de la Pascua. Se aparta de ellos, se postra implorando, desfallece y está solo y triste hasta la muerte. Los mártires cristianos tendrán a Jesús para ofrecerle cada una de las convulsiones de su tormento, y su quejido les abrirá las puertas azules de las dulzuras eternas.

El Señor vacila y le pide, gimiendo, al Padre que traspase de su boca el cáliz amargo, y la voz y los sollozos divinos se pierden en la soledad, porque, ¿quién pasaría su cáliz, si hasta los discípulos duermen al amor de las oliverras húmedas de luna?

El Señor ha de aceptar su muerte. Y aparece en la granja el hijo de perdición.

Fué entonces la hora propicia; porque en estos tiempos, Señor, no te clavarían; ahora te dejarían morir solo, y quizá ya te negaras a resucitar...

VIERNES SANTO

En una peña podrida de las afueras has agonizado, Señor. Desde la cruz oías y veías el júbilo de los caminos y de la ciudad. Dentro de la ciudad, en el frescor de las fuentes, de los aljibes, de los toldos y bóvedas, en los cenáculos y portales, la multitud se sentía buena, exaltada de amor a la tierra que tú, Señor, le prometiste. La tierra retoñaba en los días tibios y claros de Nisan.

Polvo y estiércol de ganados; camellos inmóviles mirando el fuego donde cuecen el pan de la Pascua las mujeres de los aduarez; gusanera de hijos entre pienso, cántaras y andrajos; vírgenes descalzas, de cabelleras que relucen de aceites, y, encima, un ánfora recta y roja sobre el azul; viejos, de sudario pringoso, de barba de crin, que hunden sus ojos amargos en los mercaderes sirios; fellats con callos de bestias, gentiles y ramerías que muerden naranjas. No caben en la ciudad y se amontonan en los eriales, y de rato en rato se vuelven hacia el cerro de la ejecución. Algunos suben, miran los contornos de Jerusalén, pasean conversando bajo las cruces, reparan en una llaga, en una mueca, en una deformidad de un ejecutado; saben que este suplicio suele ser lento, y vuelven a su corro para esperar lo último.

No te conocían, Señor. Estabas solo; los que te siguieron, te dejaron; y escond-



El hermosísimo cuadro del Greco que aquí reproducimos, es una obra de la más intensa emoción. Representase en ella a Jesucristo y María Magdalena. Lo que en los maestros venecianos hubiera sido un pretexto para lucimiento de galas decorativas—grandiosas arquitecturas y figuras ricamente ataviadas—, tiene en el lienzo de Theotocópuli un valor cardinal; la escena está reducida a los elementos indispensables, para hacer resaltar su verdadero carácter. En el coloquio místico, María Magdalena aparece postrada, en rendida actitud de adoración, ante el Hombre-Dios.

Tan extraordinaria creación artística, realizada sin duda por el Greco en Toledo, perteneció, según se supone, al retablo de Titulcia o Bayona de Madrid. No ha mucho se hallaba a la venta en una galería de París, y decíase que había sido adquirida por un coleccionista argentino en 15.000 libras esterlinas. Damos estos datos para advertencia de aquellos que, convertidos en traficantes, contra la índole de su ministerio, privan a la nación de joyas como la que hoy, por primera vez se publica en España.

didos en la ciudad, también aguardaban y querían que todo acabase.

La ciudad, la obra de los hombres y lo menos humano te mataba.

En los senderos de las aldeas, de los bancales y de la montaña; en los campos de viña, en la ribera del Genezareth, vivías confiadamente. Para presentir un peligro te había de llegar la palabra de la ciudad o habías de volver tus ojos hacia el horizonte árido y duro que ocultaba a la ciudad que mata a los Profetas, la que tú quisiste proteger y transportar bajo tus alas, como hace el ave con sus crías recién nacidas.

Mañanas de ejidos que huelen a tahona. Siestas en un hortal galileo; olor de verano bajo las higueras calientes. Tardes en los oteros; las gencianas, el cantueso, las alhucemas, los lirios perfuman la orla de la túnica. Noches de las orillas del lago; aliento de la sal. Estrellas; anchura callada. En aquel tiempo, Señor, ¿no se estremecían tus entrañas de hombre dentro de una llama gozosa que subía calentando las cumbres de tu divinidad? ¿No pasó delante de tus ojos una promesa de bien del mundo que tú modelaste, de la hermosura de los corazones, sin exigir el sacrificio de tu cuerpo? Te rodeaban las gentes creyéndote por amor, y en sus ojos tú veías el júbilo honrado del paisaje, una humedad de lágrimas que te pedían la gracia y la salud; bebían la presencia tuya. Casi ya sonreíste mirando hacia tu Padre que está en los Cielos, y casi ya le dijiste, mostrándole a sus criaturas: «¡Son mejores, Padre; son mejores de los que Tú y yo creíamos en la soledad de la gloria! ¿Es que no será menester que yo muera?»

La invocación que hiciste al Padre en la última noche estuvo a punto de prorumpir, entonces, de tu boca, mojada de la delicia de las frutas y de la lluvia recogida en las cisternas. En aquel tiempo hubo horas dichosas para anticipar la plegaria, no sólo protegiendo a los once que permanecieron a tu lado y que después huyeron de ti, sino amparando a todos. ¡Yo en todos, Padre, y Tú en mí! Lo has ido recordando bajo los olivos y la luna de Gethsemani, y ahora, en la cruz, desamparado y sediento.

Se oye tu grito de desconsuelo de hombre y de Dios. ¡Oh, Padre, es menester que yo muera!

Mueres desnudo, encima de un cerro que parece una vértebra monstruosa y calcinada. Tus fauces, de una sequedad de cardencha, asientran el aire; tus oídos se cuajan de sangre, cerrándose de silencio, silencio con un tumulto de latidos de cráneo; y calla para ti la tierra que tanto amaste y el cielo donde ya no ves el camino que te trajo a los hombres; silencio de agonía, con un zumbido de moscas que chupan el sudor de los moribundos.

Un vaho de costra humana ha subido a tu nariz aguda de cadáver.

Han matado en ti el hombre que era el arca de Dios, y quedará el rito y la doctrina intacta...

... La voz cansada y turbia del diácono va diciendo el *lectamus genua* al principio de las grandes plegarias. Después se postran descalzos los sacerdotes para besar la cruz recién salida del triángulo negro: *Ecce lignum crucis*.

Dos cantores claman:

«¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho o qué te he contristado? ¡Respóndeme!»

Señor: amaste y perdonaste. En la hora sexta te izarán en la cruz.

Prosiguen los versículos de los *Improperios*:

«... ¡Y abrí el mar en tu presencia y tú abriste con la lanza mi costado!»

El coro va repitiendo:



JESÚS EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS, POR PEDRO BERRUGUETE (Retablo de la Catedral de Avila)

VERSOS ÍNTIMOS

Briznas

Al amor de la lumbre se eleva mi lirismo
como un águila insigne a la luz pura y plena
de la mañana tibia. Tú pareces ajena
a esta profunda y lírica ausencia de mí mismo.

Cuando vuelvo a posarme sobre mi hieratismo
—Igual que las palabras se posan en la antena—,
siento sobre mis ojos tu mirada serena
que me estaba aguardando al borde de mi abismo.

Me sonríen tus ojos en una bienvenida
que llega a los más hondos rincones de mi vida,
y a mi leve sonrisa se ilumina tu tez...

A tiempo que rechazas un rizo de tu frente,
dices con una amable ironía inocente:
«Se conoce que has ido muy lejos esta vez.»

*

«Más allá de las sierras azules está el mar.»
Tú me miras un punto, con ojos pensativos.
Yo miro el campo lleno de vides y de olivos,
y dejo el pensamiento, sobre el llano, volar.

«Más allá de las sierras azules está el mar»
—inconsciente repito mis íntimos motivos—.
Tú miras, silenciosa, mis ojos fugitivos
en su niebla de ensueños, en su sed de viajar...

Tu corazón amante por mí tiembla un momento
y me dices con leve inquietud en el acento:
«Se me escapa tu alma ciega de su ilusión.»

Yo te beso en los ojos lo mismo que un hermano,
y siento cómo tiembla la rosa de tu mano
apoyada en mi pecho, sobre mi corazón.

F. MARTINEZ-CORBALAN

«¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho o qué te he contristado? ¡Respóndeme!»

No lo supo aquel pueblo, y este pueblo de ahora encuentra ya santificada la lanza que rasgó tu carne.

Están apagadas las lámparas; los candelabros, sin cirios y sin ropas; las sacras caídas.

Pasa la luz por los cancelos abiertos en seguida se contiene en las losas. Humea la tiniebla de la nave, apretada por devotos que asisten a los Oficios.

En lo profundo alumbra desmayadamente el Monumento. Han envejecido las flores, las palmas y los damascos. El altar es casi ocre; la cera se arracima en los hacheros; el palio, plegado, se recuesta contra un muro; las alfombras quedan como la hierba después de una romería. La Urna da un temblor de estrellas al amanecer.

El Monumento tiene un frío, una crudeza de intimidad perdida, un consorcio de capilla ardiente pasada ya la noche de vela.

... Principia la Misa de Presantificación y desciende de los ventanales del crucero un humo trémulo de sol que flota de arcaicos colores en la piel de ámbar de una mujer llena de gracias de su cuerpo y de la Primavera, una virgen de mantilla, arracadas de imagen y medallón de seda. El carmesí de un manto de rayos el violeta de una túnica de santa, el amarillo de las alas del ángel de un Anunciación, el verde de un campo público, todo el iris de un vidrio minado como la vitela de un códice se hace carne de juventud, estampa una mariposa que palpita en el escote, en las mejillas, en la frente, en la blonda y en los ojos bellos.

El oficiante devuelve el incensario al diácono, recitando:

Accendat in nobis Dominus ignem amoris, et flammam, aeternae caritatis.

Los devotos, incluso una soltera ferrea, sobrina de un canónigo, y el mismo maestro de ceremonias, contemplan a la mujer policromada místicamente de siglos. Sus ojos y su boca se vuelven zafiro, amatista, granate, calcedonia, topacio; son de una inocencia de perversidad exótica, mientras miran rezar a Nuestro Señor Jesucristo encandorado, y rezando alza la faz, siguiendo la orgía de colores; porque se adivina en sí misma bajo la proyección de un foco de magia como el que alumbraba la danza de una bayadera de piel de serpiente que vino al teatro Principal...

... Las doce. La hora sexta. Las Siete Palabras. Un sermón para cada uno de los siete gritos de la agonía de Jesús Señor: tus gritos de moribundo, gritos de entrañas hinchadas por las enfermedades que súbitamente engendra el tormento de la cruz; tus gritos convulsos de frío de fiebre, bajo el sol de la siesta de Nisán; tus gritos de abandono en una cruz viscosa de gangrena y de sudores de tu desnudez, son el origen de siete curvas oratorias. Un sexteto dilata la emoción de la palabra. De las torres de la ciudad sale el vuelo de las horas encima del silencio del Viernes Santo.

... Por la noche, después de la procesión del Entierro de Cristo y de los sermones de la Soledad, se cierran las iglesias como la casa de un muerto cuya familia se ha ido al campo para pasar allí el rigor del luto.

La ciudad también semeja, cerrada, como un patio muy grande lleno de luna, la luna redonda que se quedó mirando al sepulcro del Señor.

... Y antes de cenar, los niños recitan las aleluyas del toque de Gloria del Sábado Santo.

Gabriel MIRO

EL DOLOR DE LA VIRGEN

por el R. P. M. Fray Alonso de Cabrera, de la Orden de Santo Domingo de la provincia de la Andalucía, Predicador de los Serenísimos y Católicos Reyes Don Felipe II y Don Felipe III

No es tan elocuente como fray Luis de Granda, ni tan vehemente y afectuoso como el maestro Juan de Avila, ni tan atildado como fray Luis de León, ni, pasando a los profanos, tan dulce y armonioso como Lope de Vega, ni tan ingenioso como Cervantes, ni tan conciso y sentencioso como Quevedo; pero a todos ellos excede en naturalidad de expresión, en copiosa variedad de vocablos, en libertad de la construcción y de la sintaxis, en la galanura que puede dar a la frase una imaginación rica, fecunda y amena. Es fray Alonso de Cabrera, entre nuestros maestros del siglo XVI, el hombre que ha hablado mejor y más bien conversado en la lengua castellana, el que la ha manejado con más garbo y gentileza y, al propio tiempo, con más llaneza y naturalidad.—Miguel Mir, de la Real Academia Española.

Con apresurados pasos, con aquejados gemidos y con ojos llorosos corría el amado discípulo, después que así vió llevar a su maestro, a dar la dolorosa nueva a la que lo engendró. Y llegado ante ella, derribado a sus pies, comienza a decirle con lastimera voz: ¡Oh, Reina del cielo, Señora de los ángeles, puerta del paraíso, si algún tiempo la muerte pudo atajar los dolores de la vida presente, para ti sería ella ahora muy provechosa: en mis señas puedes ver la empujada que la lengua no dice! Muy cruel mensaje te traigo; penarás oyéndolo y mucho más en lo que verás. Hoy comienza tu muerte; hoy se acaba tu vida. ¡Oh, madre viuda, que hoy es el día que Simón te señaló para el cuchillo de dolor penetrador de tu alma. A tu hijo querido vendió Judas; Pedro lo negó, los demás lo dejaron, sus enemigos lo prendieron. En casa de Anás y Caifás y Herodes fué herido y escarnecido; en el pretorio de Pilatos, muy cruelmente azotado; es sentenciado a muerte de cruz. Con corona de espinas y la cruz auestas lo llevan, con pregones de grande infamia, al Monte Calvario. Si le quieres alcanzar a ver, esfuerzate y ve presto, que con dos ladrones le llevan a gran prisa.

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta donde llegó este dolor a la Virgen? Verdaderamente su alma fué herida de mortales dolores y angustias, bastantes a quitarle la vida, si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y para mayor corona. Levántase, pues, con ánimo más que humano, y acompañada de la Magdalena, que muy amargamente lloraba, y de otras devotas mujeres, llevando a San Juan por guía, va en busca de su hijo, dándole el amor las fuerzas que el dolor le quitaba. No habéis de pensar que iba la Virgen, prudentísima, por las calles dando gritos como mujer vulgar, ni desmayada, ni fuera de sí, como mujer de poco corazón, porque estaba llena de Espíritu santo y tenía más gracia que todos los ángeles; y así tuvo soberana constancia en todos estos martirios. Y con maravillosa honestidad caminaba, cubiertos los ojos, llorando y suspirando con inestimable amargura y no menor prudencia, llamando a Dios y encomendándole al hijo, y dándole gracias, y ofreciéndole aquellas angustias.

Pues como la Virgen, por la calle donde iba, comenzó a ver el rastro de la sangre que su hijo dejaba; y a algunos que le habían visto llevar, y se volvían especialmente algunas piadosas mujeres que mostraban haber de él compasión, preguntales por nuevas de su hijo. «Que muero con su deseo y me atormen-

ta su ausencia.» ¿Qué señas tiene ese tu querido? ¿Qué facciones son las de tu amado, ¡oh, hermosísima entre todas las mujeres!, que así nos has conjurado? Tan hermoso debe ser para hombre como tú para mujer. «Blanco es y colorado como el envés de la rosa, escogido entre millares.» Su cabeza es de oro fino, su cabellera como hojas de palma poblada: toda negra, como la pluma del cuervo, y sin cana alguna; sus ojos como palomas lavadas con leche; sus mejillas como eras de flores; sus labios como lirios y azucenas que destilan de si mirra escogida; sus manos volteadas, que se mueven con más facilidad que si fueran de gonces de oro sembradas de piedras preciosas, de jacintos; su vientre de marfil, con mil esmaltes de

zafiros; las piernas blancas y fuertes como columnas de alabastro, que están fundadas sobre basas de oro; su gentileza y buen parecer es como el monte Líbano; dispuesto y escogido como los cedros entre la madera; su garganta y habla suavísima; todo es amable, todo deseable; no tiene cosa que no lleve el corazón tras sí. Tan lindo como éste es mi querido y amigo; estas son sus facciones, hijas de Jerusalem.

¡Oh, señora, si vuestro hijo es tan hermoso como decís, no toméis congoja ni pesar, porque éste que llevan a crucificar muy contrarias señas tiene desas. «No tiene donaire ni hermosura; visto le habemos y no tiene gesto de hombre, todo desfigurado y feo, y así no hicimos caso de él.» Llamaisle blanco y colora-

do, mas él va amoratado y denegrido; no escogido entre millares, sino el más vil y desechado de los hombres. Su cabeza no es de oro fino, sino de abrojos y espinas. La cabellera no es de palma, porque la más va arrancada, y no tiene color de cuervo, porque va toda ensangrentada. Los ojos, no de paloma, porque no están lavados y claros, sino con grandes ojeras, hundidos con la sangre y polvo casi ciegos. Las mejillas no son eras, sino cardenales, sembradas de hiedras salivas. Los labios es verdad que parecen lirios, pero cárdenos y amoratados, y no destilan mirra preciosa, sino sangre y saliva salada. Las manos de oro, que tantas misericordias hacían, van tan yertas y lisiadas, que no puede jugar dellas, ni tener la cruz con que va cargado. El vientre de marfil sembrado de zafiros, cinco mil y tantos azotes lleva, tan juntos unos con otros que no parece esmalte, sino toda una llaga. Las piernas no son columnas de mármol fuerte, porque se van doblando y aun cayendo y arrodillando con la cruz, tropezando a cada paso. Su parecer no es como el monte Líbano, sino como un erial de matas secas; ni menos como los cedros altos, porque aunque era derecho y gentil hombre, pero va agonizando con el gran peso de la cruz. La garganta y voz no es suave, sino ronca, que no puede echar la palabra. De manera que como va ninguno le puede amar y desear, antes de todos es despreciado y aborrecido.

Con estas amargas nuevas se fué la Virgen acercando al lugar donde pudo ver a su hijo. ¡Oh, Sara, que a vos por no daros pena no os dan noticias del sacrificio que van a hacer de vuestro hijo Isaac, y por eso sale Abraham de noche! Pero a vos, Reina del cielo, os avisan y traen para que en mitad del día veáis con vuestros ojos lo que tanto ha de lastimar vuestro afligido corazón. Tiene sus ojos escurecidos, y miranse aquellas dos lumbreras del cielo, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. ¡Oh, piadoso Jesús; más te lastiman y más sientes el dolor de tu amantísima madre que tu cruz! Más te duelen sus lágrimas y honestísimos suspiros y las angustias de su corazón (que como Dios veías) que los azotes; más te penetran y llagan que las agudas espinas. ¿Por qué, Señor, pues nació libre de culpa, la hiciste tributaria de tanta pena? ¿Por qué no la excusabas y te excusas de tan gran dolor? Verdaderamente, Señor, sabías la resignación de su voluntad en la del Padre eterno y la quisiste llevar por el camino que caminas de tormento y de cruz, y ni a ella quisiste privar de este merecimiento ni a tu ánima de este dolor. Y vos, Virgen y madre bendita, ¿qué sentistes cuando vuestro hijo unigénito os miraba y le mirábades, entregado a sus enemigos, en hábito de culpado, en compañía de ladrones, tan otro su cuerpo y rostro de lo que solía? ¿Qué sentistes cuando le visteis caer y dar de ojos con el terrible peso de la cruz, donde iban todos los pecados del mundo cuando a golpes y empujones le visteis levantar sin ninguna piedad? ¿Cuáles fueron vuestros dolores, vuestros gemidos, vuestros suspiros y lágrimas en esta larga y penosa procesión? No hay palabras que eso puedan explicar.



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, POR PEDRO DE CAMPAÑA (Catedral de Sevilla)

EL FRATRICIDIO DEL SANTO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE HUBERTO PÉREZ DE LA OSSA

ESTA es una historia muy antigua, que vino del Oriente por boca de Herodoto. Yo la hallé en un códice del mil doscientos, traducida por un monje erudito que la llenó de deliciosos anacronismos y encantadoras vaguedades. La Edad Media, como preparaba el futuro, no se cuidaba demasiado del pretérito, todo lo veía en presente. La historia no existía como mirada atrás, como panteón de los recuerdos; todo era pulpa, vida de una misma realidad.

I

«Abro los ojos y quiero mirar.

Espíritu inviolado que extiendes tu ala negra bajo el dintel del pórtico de lo que ha de venir: Yo te conjuro.

Por el místico velo de la noche que se cuelga de borlones de plata, cada borla una llave para abrir un destino.

Por las aguas azules del mar cuya lindeza comba el arco del cielo.

Yo te conjuro, espíritu sagrado: muéstrame el libro abierto de lo que hay por venir.

Abro los ojos y miro hacia delante.»

Al compás del monótono canto, la vieja sacerdotisa flagelaba sus carnes negridas, magras sobre los huesos dislocados. La cueva relucía en flammeros, toda llena de un pesado sahumerio penetrante, losa y garra en defensa del sagrado; tormento para el pecho humano que intentase llegar hasta el misterio. Al fondo, en la negrura, dos monstruos unialados, de garras poderosas, sostenían la puerta inviolable, bajo cuyo dintel no osó penetrar nunca el sumo sacerdote, ni aun sintiéndose puro con unciones de sangre de corderos inocentes y esencia de jazmines en capullo. Dentro de la negrura, cuando el canto cesaba, se oía un rumor de agua.

El rey esperaba las palabras del Dios, en pie, a la puerta de la gruta, y la sacerdotisa continuó cantando:

«El seno de la madre dió dos frutos iguales. Dos mellizos han venido al palacio real. ¡Oh, espíritu del tiempo venidero, ábreme su destino!

Dos puntas tienen los cuernos de la Luna; dos espíritus, hijos del mismo parto, son sus dueños. Y la guerra divide la rodela de plata. Turno a turno, cada genio destruye el reino de su hermano, y, aventado el polvillo de luz, deja en negrura una parte del disco; pero nunca la victoria es completa: sus brazos son iguales y un mismo pecho les dió leche.

Dos mellizos han venido al seno de la reina.

Pedernal contra pedernal tuvo choque y brotó la chispa.

Las dos ramas del arco jamás se han encontrado, y al curvarse despiden la saeta.

El vientre de la madre se dividió para dos hijos.

Dos fuegos bajo un mismo hogar quemaron la chimenea... ¡Oh, espíritu inviolado: no me hagas pronunciar la tremenda palabra!... El fratricidio es el crimen sagrado más antiguo del mundo.»

Y la sacerdotisa, extenuada, cayó con los brazos abiertos bajo el dintel oscuro de la mística puerta. Los flammeros, como sopladitos por invisibles bocas, se apagaron, y el humo de los pebeteros se hizo negro, como manto de viuda o de madre en dolor.

El rey, anonadado por lo que acababa de oír, tornó muy triste camino del palacio, del gran palacio de basalto rosa, más fuerte que los dardos de los enemigos y que los rayos de los cielos.

En la noche de los jardines los surtidores elevaban a la Luna un salmo cristalino, y las estrellas rebujaban su faz en la blandura de los estanques quietos.

II

Apenas con el día fueron abiertas las puertas de la ciudad, salieron dos enormes elefantes, con la carga de cada uno

Desde la más alta terraza de palacio el rey los miraba partir. Ungido por las luces de la aurora, era hermoso y magnífico, como un dios que, luchando contra otro dios más fuerte, rompe las tablas del destino y dispara su flecha para herir las cervices de los buyes que arrastran el gran carro del Sol.

—No llores, mujer — dijo luego a la reina —; otros hijos vendrán a las cunas vacías. Mi raza es fuerte y no puede agotarse aún, a pesar de los dioses.

—Sí — decía la madre —; pero, ¿y mis hijos perdidos? La Mesopotamia es la tierra más hermosa del mundo. ¿Podrán vivir

Han muerto muchas gentes y han nacido muchas más. El rey ya no es fuerte ni tan temible con su arco, raras veces tiende; pero es hermoso su gran barba blanca; su majestad se postrase al pueblo, que le adora como a un dios en reposo.

En el palacio, junto al trono real, una silla de oro para el príncipe heredero, que ha vencido batallas y ganado ciudades, pues tiene el corazón, como su padre, más alto que el de los hombres vulgares que se apiadan de lágrimas se aterran de estragos.

La reina, envejecida, como una madre dolorosa, pasa los días y las noches suplica a los dioses, implorando por los hijos que ya no verá, más.

Las horas, las hermanas iguales, corriendo, cogidas de la mano, su vida inacabable, con cada aurora no llevaban a las puertas de la ciudad extranjeros, atraídos por la riqueza y la gloria del país, y la reina deseaba sin cesar verse a desear.

Un día, el comisario, celador de la entrada y la salida de las gentes extranjeras de otras tierras, dió cuenta en palacio de que dos hombres extraordinarios habían llegado a la ciudad.

—Son iguales, señor — decía el funcionario —; su semejanza de rostro es tan extraña que parecen gemelos; mas sus trajes que visen y las lenguas en que hablan más quieren indicar que vienen de los extremos opuestos de la tierra de una misma madre. Yo sospecharé de ellos; pero el aspecto de ambos es tan noble y las palabras de uno y otro tan altas, que me inclino a creerles cuando dicen no haberse visto nunca. No sé, señor, qué pensar, ni si hacerlos salir o dejar que se queden en la ciudad.

El corazón del padre comprendió, y el espíritu del hombre cayó aterrado, viendo que era inútil oponerse a los designios de los dioses. El rey se levantó, y la grandeza de los héroes vencidos y el destino inapelable, y con un gesto signado mandó que le llevaran a los extranjeros a su presencia.

IV

Los dos hombres llegaron hasta los pies del rey. La gran barba del padre caía majestuosa sobre el pecho robado con serena quietud. El rey la acariciaba lentamente. Era la barba de los reyes, la barba perfumada, de minio y so rizado, que daba majestad a las palabras. Cuando el rey acarició su barba había llegado el momento de las grandes mercedes.

El rey habló lentamente, sin mover con las manos apoyadas en los brazos del gran sillón de bronce. También parecía de una piedra suntuosa y pesada.

—Extranjeros, hablad: ¿De qué venís y qué cosas buscáis en nuestra tierra?

Uno de ellos se levantó y, con un silencioso saludo, comenzó a hablar. Era hermoso; tenía el perfil nobilísimo de las estatuas de los reyes que descansan sobre los sepulcros; su voz era pausada, llena de majestad, como un canto litúrgico, y sus manos blanquísimas, callosas a lo largo del cuerpo, apenas se movían para seguir el hilo de su discurso. El tono suyo no podía haber mas que respeto, y si mandaba, nadie se hubiese atrevido a desobedecerle.



de los cuales se hubiese considerado rico un sátrapa. Los cabalgaban los dos más fieles servidores de la casa real, leales criados que, por sus muchos años y sus grandes servicios, eran libres y ricos, queridos de los reyes y respetados hasta por los grandes señores y los sacerdotes.

Cada uno llevaba en sus brazos un níveo canastillo con un pequeño infante, un niño blanco y rosa, que dormía balanceado por el noble marchar del pacífico bruto.

Fuera de la ciudad, cada caravana emprendió una ruta distinta. Fuese la una camino del Oriente, en busca de la cuna del dios de la mañana, y la otra partió para aquel sitio del horizonte en donde brilla la estrella del Poniente.

felices los dos desventurados niños que se ven impelidos a atravesar los caudales del Tigris y del Eufrates, los dos ríos sagrados que llevan en sus aguas el místico recuerdo de cien generaciones de antepasados suyos. Las sombras de los muertos velan sobre la tierra de los vivos como los leones alados guardan las entradas de los templos.

El sol, en tanto, elevaba la dorada custodia de su sangre fecunda para bendecir a la tierra más hermosa del mundo.

III

Lluvia y sequía; noches de cierzo y días claros; la anécdota del tiempo se ha repetido muchas veces bajo el cambiante de la luna que pauta la medida.

—Me llamo Alfomega y no sé en qué tierra he nacido, ni quiénes fueron mis padres; hasta ahora he vivido en el Oriente, y en sus templos sagrados he estudiado las ciencias antiquísimas, aquellas que se elevan a la primera Esencia, de la que vienen todas la demás. He venido a tu tierra, ¡oh, rey!, atraído por la fama, que dice ser tus templos los que guardan las mayores sabidurías del mundo. Aunque sé que la ciencia también es vanidad, quiero conocer toda la ciencia humana para no dejar resquicio alguno a la duda.

El monarca se sintió ganado por las palabras del extranjero, del que no dudó ni un momento era su hijo; se le dilató el pecho al ver que no venía en són de guerra y que su gran saber no era un temor; pensando: «Hablen los sabios cuanto quieran mientras se callen las espadas.»

—Sé bien venido, hombre sabio, a mi ciudad. Yo te daré cuanto desees para que vivas a tu placer completo. Escoge tú mismo la morada que más te guste y yo te la daré aun cuando fuera mi palacio mismo.

—Yo no deseo nada; creo que la raíz del mal es el deseo, y he matado al deseo con la espada derecha de la mortificación completa. Lo mismo me da vivir en ésta o en la otra parte, y aun lo mismo me importa vivir que no vivir. Mas por no desairarte, ¡oh, rey!, a quien tomo por señor soberano desde este mismo instante, te pido para mí la cumbre de la montaña que está a media jornada de la ciudad. Allí el aire es más puro, el camino está lleno de lirios y los ruidos de la vida de los hombres se quedan más abajo.

El rey admiró a su hijo que buscaba la cumbre, y dio orden de que se construyera a toda prisa una casa de piedra, la más blanca que se pudiera hallar, en la cima de la montaña que está bordeada de lirios. Luego se volvió al otro extranjero y le dijo:

—¡Habla, tú!

Este era también hermoso; el perfil era idéntico al del otro; pero tenía siempre una sonrisa que le quitaba rigidez majestuosa; sus ademanes eran suaves, cordiales como abrazos, y su voz susurraba acariciando, como el contacto de los bálsamos.

—Yo me llamo Omegalfa y vengo de Occidente; tampoco tengo padres ni sé dónde nací. Voy recorriendo la tierra porque mis ojos no se hartan de mirar, y llegué a esta ciudad como pude llegar a otra cualquiera.

—¿También has conseguido tú, acaso, matar al deseo?

—¡Oh, no; qué blasfemia! Los deseos son corceles sagrados que nos dieron los dioses para arrastrar el carro de la vida. Yo soy pastor de los deseos. El ojo se ha hecho para ver, y el oído para escuchar.

—Entonces, ¿tú predicas la doctrina del placer?

—La del gozo, que no es lo mismo; el gozo es la satisfacción de una potencia de nuestro espíritu; el placer es el empeño de prolongar el gozo, cosa que siempre nos arroja en el hastío. Es nuestra obligación gozar de todos nuestros sentidos; mas el abusar de ellos es pecado.

—Tienes una teoría muy sutil, mas muy resbaladiza; guárdate de exponerla en público, pues podrías dar lugar a que los libertinos se aprovecharan de ella para justificarse a los ojos del mundo.

—Malo es que los libertinos hagan una teoría libre para justificarse con ella; pero acaso es mejor que, aceptando las buenas y austeras teorías, obren, a pesar de ellas, las más bajas pasiones? En

el primer caso, siquiera buscan una armonía.

El rey frunció el entrecejo y se limitó a preguntarle:

—¿En qué parte de la ciudad quieres vivir?

—Yo lo que más amo en el mundo son

porque no espera el porvenir. Yo quiero ir a vivir con ellos, no para llevarles los prejuicios de las clases altas, sino para gozar su libertad, la libertad del que nada tiene y nada espera, y de consiguiente puede hacerlo todo. ¿No es maravilla, ¡oh, rey!, el que estas gentes



V

El príncipe salió del palacio con una sonrisa indefinible, sin preocuparse por la dura despedida del rey, y con su menegada fortuna compró una casa pobre en el barrio humilde y vivió trabajando con sus manos el barro de que se hacen las cerámicas modestas para los viles usos de la vida.

Alfomega, en tanto, fué a vivir a una casa de piedra, bella como la nieve que corona los picos de las montañas; un palacio que le hizo construir el monarca, donde no había nada superfluo, pero todo era digno y conveniente. Se vistió una túnica de lana de corderillos blancos, que tejieron para él las vírgenes nobles de la ciudad, y se cubrió con un manto de piel de recentales immaculados.

Desde todas partes se veía la noble casa blanca como el faro de la sabiduría, como la cumbre de la santidad, donde todo es perfecto y está cerca de Dios.

El rey salía muchas veces a la terraza del palacio para contemplar la alba morada de su hijo, y su corazón se llenaba de consuelo; en cambio, nadie sabía distinguir la casa de barro de Omegalfa entre todas las demás humildes casas del pobre barrio del trabajo, que descende hacia el río como un rebaño triste de bestias castigadas.

VI

Cuando la reina tuvo conocimiento de la llegada de los príncipes no supo resistir el deseo de abrazarlos, y los hizo llevar secretamente a su presencia; mas su corazón de madre había sufrido tanto bajo la altiva máscara de hielo que impone la etiqueta, que estalló en un sollozo.

—Hijos míos; mis dos hijos gemelos arrojados a la crueldad del destino...

Y no pudo hablar más; abrazando las dos amadas cabezas, cayó muerta.

Una vieja criada hizo salir sigilosamente a los dos hermanos, para que el secreto no se divulgara, y les recomendó prudencia.

Los dos filósofos, ya solos, se miraron con pesar.

—No perdamos el tiempo en llantos—dijo Alfomega—. La Verdad es lo único que los hombres pueden elevar hasta los dioses; voy a meditar sobre la Verdad y ofreceré mis meditaciones en honor de mi madre muerta.

—Yo—replicó el otro—no tengo mas que lágrimas.

Las gentes de palacio, en gran desolación, iban de un lado a otro, cubriendo las habitaciones de la reina de paños de púrpura y de flores de loto; sobre su lecho de bronce cincelado e incrustado de pedrerías estaba, rígido, el cuerpo de la madre.

En toda la ciudad resonaba, monótono, el mismo llanto quejumbroso. Todas las personas que habían recibido beneficios de la reina, lloraban. En las esquinas de todas las calles ardían, en piras funerarias, las lágrimas sagradas del incienso, los granos de la mirra y las nobles maderas del aloe.

VII

Omegalfa tenía muy pocas necesidades, y precisaba, por consiguiente, trabajar pocas horas. El resto del tiempo era amigo de emplearlo en pasear por la ribera, no sólo por las huertas deslumbrantes, en plétora, fecundas, de densos verdes de terciopelo, sino también por los muelles áridos, de tablones y cuerdas apiladas, donde el ensilaje de mercancías, de fardos y de cajas formaba

la soledad y la libertad, y como nunca estoy más solo que cuando me hallo entre la muchedumbre, me iré a vivir a los barrios más populosos, entre esa gente libre, completamente libre en el espíritu, que no tiene tradiciones que le obliguen a ser bueno ni malo, que muchas veces ni siquiera tiene nombre que le fuerce al honor, y goza sin agobios el presente

obren, a veces, el bien? A mí me gusta gozar de estas maravillas.

El rey ya no quiso escuchar más; su blanca barba, alborotada, temblaba como en el viento de las batallas, y, con un ademán de maldición, le arrojó del gran salón de piedra, hecho de tradiciones, grávido con la carga de los siglos.

un laberinto de austeridad disciplinante para los ojos hartos de luz y de formas curvadas.

También los arenales secos y desolados, llenos de piedras y de restos humildes, de animales que se purifican en las llamas del Sol hasta blanquear con gracias de marfiles, eran grato lugar de sus paseos; en aquella desolada tristeza, amarga y humilde, sin nada bello ni grandioso, encontraba un placer de misántropo para su sed de insatisfecho, un espolazo para su sueño de belleza, un descanso para sus ojos de curioso, fatigados de mirar a tantas cosas.

Una tarde, al regreso de uno de estos paseos, embriagado en la tristeza del crepúsculo del suburbio, oyó que maldiciente a su lado. La quietud rota por la voz destemplada molestó al filósofo, que se volvió para mirar al que tan mal agradecía aquel momento de belleza. Era un pobre alfarero que se afanaba por pintar sus viles vasijas, sin conseguir que la pintura dejase de emborronarlas, rebasando las líneas.

—¿Qué te sucede, hombre? ¿Por qué maldices?

—Mira, señor: ¿no ves cómo esta pintura, que parece viva, se niega a obedecerme y embadurna mis pucheros?

Sobre las anforillas y los vasos de toscas líneas, nada bellas, se mostraban flores y pájaros monstruosos de un grotesco doliente, como esas manchas de las enfermedades malditas con que castigan los dioses a los pecadores sin remedio.

—¿Y por qué pintas tus pucheros si tus manos no son hábiles para ello? La facilidad está precisamente en hacer aquello que sabemos hacer.

—¿Y qué quieres tú, entonces? ¿Voy a pagar a un pintor que lo haga? ¿Qué culpa tengo yo si las mujeres prefieren sus pucheros pintarrajeados, en lugar de lisos y limpios como salieron del tornol?

—Todos aspiramos a un poco de Belleza.

—¿Qué me hablas tú de la Belleza? ¿Qué tengo yo que ver con ella? Déjame y no me entretengas con cosas inútiles.

El sabio no se enojó; tuvo lástima del hombre y quiso enseñarle un procedimiento de esmalte primitivo. Ahumó la superficie de uno de los pucheros que aún estaba sin pintar y dibujó con un punzón forrado los motivos que quería en color, quitando el humo de las superficies que habían de ser pintadas. Luego, con un pincel repartió el color que resbalaba sobre las partes ahumadas, sin mancharlas, y después, la pintura ya seca, quitó todo el humo, mostrando a los ojos admirados del alfarero un dibujo perfecto en su modelado.

El pobre hombre entregóse a exclamaciones de alegría, y el filósofo se marchó contento de haber prestado a un semejante un pequeño favor.

—Los grandes favores—pensaba el sabio—abruman como los presentes desmedidos; en cambio, los pequeños favores son gratos para el que los da y para el que los recibe.

El alfarero, pasado el primer transporte de alegría, pensó un momento, rasándose detrás de las orejas:

—¿Por qué este hombre ha venido a enseñarme tal secreto? Yo no se lo he pedido. No le conozco siquiera. ¿Qué beneficio le puede a él reportar el instruirme? Ni siquiera me ha pedido dinero, y yo he visto siempre que no se da nada de balde. Preferiría que hubiese puesto un precio a su enseñanza; yo le hubiera regalado, pero le hubiese pagado al fin. ¿Qué hombre tan extraño!... ¿Pues no se ha detenido ahora a contemplar aquel sucio reguero? ¿Qué verá en él? ¿Habrá caído algún anillo o alguna moneda de oro? Se va sin recoger nada. ¿Qué hom-

bre tan extraño! ¡No es como los demás! ¡Me gusta poco!

Era noche completa. La estelada soberbia se ofrecía como un regío presente de los dioses; mas los hombres se entaban en sus casas y cerraban las puertas.

VIII

Cerca del templo los mendigos tienen manos de imploración y arrastran oraciones a los pies de los transeúntes. Las lenguas son como las ondas de los arroyos míseros que lamen los guijeros de la orilla. Dentro de las cámaras sagradas, las teorías suntuosas de los sacerdotes evolucionan con un ritmo lento entre las incompletas espirales ascendentes del incienso. La liturgia es el canon del respeto que tienen los hombres a los dioses; cuando la liturgia se descuida, la religión se encanalla y acaba por morir.

Omegalfa, gustoso de la bella suntuosidad del rito, se acercaba al templo, caminando entre la doble hilera de mendigos y pedigüños. Sus voces gangueantes no hacen mella en el corazón del sabio, más alto que la vulgar sensiblería; pero una saeta de plata se alza entre el coro general y viene a herir directamente las fibras de su alma. Pide una niña dulce, dorada como los bronceos nuevos que traen las damas ricas en ofrenda; apenas púber, no hay en su gracia nada que turbe la pureza de emoción que despierta. Pide sin tristeza, con el ingenio amaneramiento de una colegiala que recita su lección de retórica. Pide sonriendo, porque en la vida no le han enseñado más que a pedir.

Detrás hay un mendigo repugnante, que es arquetipo de mendigos. Ciego y astroso, tiene harapos que parecen podridos en cien generaciones mendicantes. Su rostro es como el corcho tiñoso de los árboles viejos, y en su actitud estática hay más imploración que en cien lamentos. Su postura es perfecta escuela de implorantes.

Omegalfa se siente encantado por la inocencia de la niña, y al depositar una moneda en el platillo recibe, en cambio, la sonrisa de la mendiga, y la goza bebiéndola en los claros ojos, risueños como flores del páramo.

Aquella sonrisa y aquella voz de plata acompañan al filósofo mucho tiempo, y las recuerda con placer ya que no ha vuelto a oír las.

Pero una oscura noche, en el silencio de una triste calleja, de nuevo se hace oír, como un relámpago luminoso en la densa tiniebla, la dulce voz pueril. Ya no es invitatoria; ahora tiene un lamento sincero y aterrado; algo grave ocurre a la niña; pero en la noche triste, en la calleja solitaria nada descubre de dónde puede venir aquella voz.

Por fin, otra noche, más triste y más oscura, húmeda de las lluvias recientes, en que el lodo de la calle encharcada asciende hasta los huesos enfriando las almas de los que caminan sin hogar, vuelve a oír el filósofo los gritos. Esta vez son más desesperados y puede precisar la casa de donde salen. Ya tiene el puño alzado para hundir la puerta que le oculta el suplicio, cuando la vieja madera se aparta y deja paso a una ráfaga de olores nauseabundos y vahos asquerosos, entre la que sale la niña despedida. Está medio desnuda, y su carne es casi luminosa en la tiniebla; llora calladamente, como los que ya no tienen esperanza.

Omegalfa la recoge en su seno.

—¿Qué tienes, pobre niña? ¿Quién te atormenta?

—El... el ciego.

—¿Es acaso tu padre?

—No sé... Lo he visto siempre, desde

que tengo vida y recuerdo. ¡Qué malo es!

El filósofo la abraza con su manto y la consuela. Ella habla desahogándose: su vida de mendiga, el calvario cotidiano... Cuenta el horror sin acrimonia, como una cosa natural.

—¿Y por qué te atormenta?

—No sé. A veces es horrible; cuando ha bebido mucho tiene la mano dura.

El bello cuerpo frágil, de línea casta, como el de los ídolos insexuados que aplacan la lujuria, tiembla en la fría noche, refiriendo, con la inocencia sin pudores del que no sabe el bien ni el mal, la horrenda lucha en la yacija miserable.

—Ven; huyamos de aquí—dice el filósofo, horrorizado ante la tenebrosa historia descubierta—. Yo te llevaré a una casa clara, donde aprendas las bellezas de la vida, que hagan más limpios y más dulces tus ojos inocentes.

Pero la niña ya ha calmado su irritación del momento, y replica:

—¡Oh, no; no me atrevo a ir!

—¿Por qué, si el ciego te atormenta?

—Sí; pero es él... le conozco de toda la vida. Vendría a buscarme...

Es inútil que el sabio porfíe. La niña no tiene argumentos, pero vacila y se acoge a la puerta. Se oyen pasos del otro lado y comprende que es el ciego que viene a abrirla nuevamente, ya satisfecho su brutal castigo, y despide al protector desconocido.

—¡Vete, que no te sepa aquí! Ya lo ves... viene a buscarme.

Y nuevamente entra en la casa para volver con el mendigo repugnante a la yacija inmunda, manchada con todas las vilezas, asquerosa de todas las miserias.

IX

En el palacio de Yhsá entró un día el hastío, languideció la fiesta, y la bella princesa, viuda y rica, que fué escándalo de la ciudad por sus placeres, conoció la tristeza. Sus amigas dijeron—¡oh, lenguas mentirosas de mujer!—que Yhsá sentía la nostalgia de los años en que fué joven y reputada de belleza sin par; el tiempo feliz en que no necesitaba adobos ni cuidados para que deslumbrara su hermosura.

Una mañana las penas se eslabonan en cadena sin solución. La esclava que servía la cámara vino a traerle una tablilla escrita de parte de su hijo:

«Madre mía: La vanidad de los placeres en que hasta ahora he vivido ahoga mi alma como el humo de los pebeteros en una estancia estrecha ahogara a un pájaro. Parto, en busca del aire puro, a la cima austera en que un hombre ha hecho prodigio su vida para ejemplo de los hombres sedientos de Verdad.

«Perdona, madre, la pena que te causo, y mítagala pensando que nunca, en ningún sitio, dejaré de quererte tu hijo, Tamur.»

La princesa quedó tan sorprendida como si de su frasco de perfume hubiese visto salir un dragón colosal. Su hijo, el dulce Tamur, el efebo mimado por todas las caricias, le abandonaba así y venía a traerle hasta su tocador, enguainado de todas las sensaciones gratas que la tierra y el arte pueden proporcionar, las palabras extrañas: «Vanidad de placeres.»

Yhsá dudó. ¿Había ofendido realmente a los dioses eternos con su conducta alegre, como afirmaban las damas arrugadas que hablan de vicios y virtudes que no tuvieron nunca? ¿Cómo podía ofender a nadie, ella, tan linda y tan celosa guardadora de la etiqueta y del ritual? La princesa sintió por primera vez en su vida la necesidad de justificarse ante sí misma, y, como era inca-

paz de meditar más de medio minuto en asunto que no fuera muy grato, pensó en buscar consulta.

—Llamaré a un sacerdote de los dios del Sol, el dios de la justicia que llega a todas partes. Pero inmediatamente se contestó que un sacerdote se limitaría a pedirle una rica ofrenda en expiación para su templo. Y entonces vinieron a su memoria los nombres de Alfomega y Omegalfa, los dos filósofos que residían en la ciudad.

A Alfomega le odiaba; acababa de arrebatárle, con su absurda doctrina, a su hijo, el unigénito, el hermoso Tamur. No le quedaba más recurso que llamar a Omegalfa, aunque su fama no era de las más recomendables.

—Pero ¡si fuéramos a hacer caso de lo que habla la gente! ¿Qué no han dicho de mí?

Y ya tranquila con su resolución, se hizo vestir por sus esclavas mientras buscaban al filósofo, ocupándose minuciosamente de su belleza.

—En un día tan triste necesito una túnica ligera, de azules moribundos, como los de la tarde ya en declive, y joyas de amatistas. Las amatistas tienen un color dulce y melancólico... ¡Estoy tan triste! Traerás lirios morados para adornar mi cámara, y hoy se suspenderán todas las músicas. ¡Qué grande es mi dolor!

Con sus lamentaciones y su tocado se distrajo tan por completo, que cuando un esclavo, inclinándose hasta el suelo, anunció: «El sabio filósofo Omegalfa espera el honor de llegar hasta vuestros pies», la princesa hubo de preguntarse:

—¿Qué quiere ese filósofo?... ¿No le hice llamar yo? ¿Qué quería preguntarle? ¡Oh, dioses! ¿De qué iba a hacerle hablar?

Y mientras tomaba una actitud estatuaria en el blanco diván tapizado de púrpura y cubierto de almohadones de oro, iba procurando acordarse de sus primeros pensamientos.

Omegalfa entra y saluda en silencio, contemplando la belleza madura de la dama, sabia en la media luz de la estancia, cubierta de paños gris acero con bordados de plata y rosa tenue.

—Perdona, maestro, que interrumpa tus meditaciones una pobre mujer necesitada de consejo.

—Habla, señora; te daré mi consejo como se da una flor, para que lo deshojes en tus manos divinas.

Yhsá sonrió a través de las plumas de su abanico, felicitándose de su acierto; aquel filósofo tenía unas palabras bellas, una voz agradable y una hermosa presencia; nunca pudo soñarle más de su agrado.

—Dime, maestro: ¿Cuáles son las buenas costumbres y cuáles las malas?

—No hay costumbres buenas, señora. Todas las costumbres son viciosas; tienen un defecto de origen: la limitación humana, la falta de originalidad. Un hombre perfecto no tiene ninguna costumbre; cada día vive de un modo opuesto al anterior y, aun así, cambiando cada día, renovándose constantemente, a través de toda su vida, es difícil que llegue a la perfección.

—Entonces, ¿en qué consiste la perfección?

—En el armónico ejercicio de todas las facultades que pusieron los dioses en nuestra alma. Como los hombres no saben estudiarse a sí mismos, los dioses les dieron las potencias más opuestas, para que así, aun los más torpes, pudieran echar mano de alguna, según las necesidades exteriores. Tiene, pues, el hombre obligación de ejercitar todas las facultades que descubre en sí, bajo pena de pecado, como peca aquel que malogra sus tesoros sin provecho.

—Así, pues, ¿toda obra, toda acción es buena?

—Sí, mientras sea armónica; lo malo está en el abuso.

La frente de la princesa se nubló un poco.

—¿Cómo—dijo—debe entonces usar su corazón una mujer?

—Amando, amando cada día una cosa, sin amar nada con exceso.

—¡Oh, entonces—palmeó alegre la princesa—yo he sido muy buena siempre!

El filósofo sonreía, sentado en un cojín, mientras acariciaba con delicia una seda exquisita, suave cual la piel de las frutas en sazón y los pétalos de las flores recién cortadas. El día estaba ya avanzando. Yhsá mandó traer a sus esclavas un suculentísimo almuerzo, y mientras lo gustaba, acompañada de Omegalfa, le preguntó:

—¿Cuál sería tu ideal para la vida de los hombres?

—Yo quisiera dar al alma el ritmo pleno de vida que necesita para que ejercitara hasta su partícula más pequeña; hacer que las contradicciones que cada hombre lleva en sí se entrelazaran en una armonía perfecta. Repetir, acostumbrarse, es descender a la vida de los brutos. Si cada hombre obrase siempre lo inédito en él mismo, la vida fuera cosa de maravilla.

—Mas los dioses mismos tienen cada uno su línea de conducta, recta y clara, y se reparten así, en paz, el universo.

—Los dioses de que hablan los sacerdotes, sí; pero es que cada uno no es más que una faceta distinta del Dios único, que es como una doble espiral infinita, siempre en acción, creando un nuevo círculo.

X

Ya había oscurecido cuando el filósofo salió del palacio de la princesa. Yhsá vivía en una hermosa calle afuente de la plaza más importante de la ciudad. Aquel día había sido de mercado; terminadas las transacciones, la gente, en pequeños grupos sentados en el suelo o en los pórticos, consumía refrescos y comentaba los sucesos notables. No faltó quien viese salir a Omegalfa del palacio y llevase la noticia de que el filósofo había pasado el día en compañía de Yhsá.

—A cierta edad, las mujeres no tienen más remedio que recurrir a todas las ciencias—comentó uno.

—¿Pero vosotros creéis que Omegalfa es realmente sabio?

—A mí me parecen sus doctrinas contradictorias e inmorales.

—¡Un filósofo debe predicar la austeridad!

—¿Para qué, si nadie la ha de practicar?

—Eso no importa. Una cosa es creer buenas unas doctrinas, y otra seguirlas.

—Sin embargo, hay hasta quien se decide a practicar la filosofía de Alfomega, el sabio virtuoso.

—Sí; tiene un discípulo. Un antiguo sacerdote que salió, no se sabe por qué, del templo.

—Tiene dos; hoy ha ido a reunirseles también Tamur, el hijo de Yhsá.

—Los dioses les bendigan; una escuela así honra a una ciudad.

—Pero no impide que los comerciantes roben en sus ventas, ni que los jóvenes pasen la noche en el lecho de las cortesanas.

—Calle ese deslenguado. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

Omegalfa cruzó en aquel momento por la plaza, sonriendo con su encanto de costumbre y respondiendo con agrado a los saludos de los que le conocían.

—A pesar de todo lo que se diga, es

innegable que Omegalfa es muy simpático.

—No te fíes de las dulces sonrisas—le respondieron.

—¿Pues, qué? ¿Sabéis algo de malo?

—¡Saber!... ¡Quién sabe nada! ¡Se dicen muchas cosas!

—Algunas son casi indudables. ¿Quién no sabe que quiso robarle la esclava niña a un ciego mendigo?

—¡A un pobre desvalido que no tiene otro amparo!

—Yo no me fiaría de él—intervino aquel alfarero a quien el filósofo aleccionó una tarde. Es un hombre muy raro; yo diría que hace conjuros; le he visto una noche...

—La verdad es—afirmaba un grueso mercader de sedas, muy respetado por su fortuna—que no hacen ninguna falta los sabios en una ciudad. Siquiera Alfomega está allá en la cumbre de la montaña y no molesta.

XI

El escándalo llegó hasta la cumbre austera. Nadie trajo la noticia, pero el caso se supo. ¡Hablaban tanto la ciudad!

Alfomega sintió el descrédito de su hermano como una mancha sobre la nivea veste, y se determinó al sacrificio de dejar la soledad y bajar hasta los turbios barrios en que vivía Omegalfa para intentar arrancarlo de una pasión en que se disipaba y se perdía. Le repugnaba mucho intervenir en un asunto en que entraba la madre de uno de sus discípulos; pero creyó deber poner todos los medios para curar el mal. Y una buena tarde cubrió su blanca túnica con un oscuro manto y se fué a la ciudad.

La urbe era, en pleno tráfico, agitada. En confusa madeja mezclábanse en las calles recios asnos cargados, carretas atestadas que, en el rítmico paso de los bueyes, estremecían el castillo de sus cargamentos; peatones esclavos, jinetes elegantes, suntuosos palanquines donde, en nubes de gasa, se entronaban los rostros de las grandes señoras; mendigos importunos, mostrando sus lacerias, y ágiles vendedores que se entremezclan, entran y salen por todas partes voceando su mercancía.

El filósofo, impasible, compadecía a toda aquella gente que se esforzaba, afanándose por cosas tan vanas y mezquinas.

—¡Oh, vanidad de los negocios de los hombres!

Ya en la estrecha calleja del suburbio sonoro del ruido del trabajo y de risas de pilluelos, el filósofo llamó en la casa de su hermano.

—No se canse en llamar—le advirtió una vieja que hilaba en la puerta de enfrente—; si quiere encontrarle, en otro sitio le ha de buscar.

En el gesto canalla y en la risa de la mujer, el asceta comprendió lo que aludía, y, avergonzado, desistió, por el momento, de su empeño, tornándose camino de su casa.

Cerca de las puertas de la ciudad cortó el paso la comitiva del príncipe heredero, que regresaba de la caza. Recios arqueros gigantes exhibían sus músculos desnudos, entre armaduras relucientes; los lanceros marchaban con un ritmo de hierro; los ágiles jinetes, sobre altivos caballos de cerviz arqueada, eran como centauros gloriosos de su fuerza, y los carros de guerra esplendían de bronce y piedras magníficas, labrados con primor por los cinceles, con escenas guerreras y blasones. Esclavos portadores de parihuelas verdes, de laurel y de palma, traían, como en triunfo, el botín de la caza: las enramadas testas de ciervos y venados, las pieles y las

plumas de las fieras y de las grandes aves, las dolientes pirámides de las aves menores sangrando el lírico fracaso.

Y cerrando la marcha, rodeado de príncipes y de grandes señores, majestuosos, soberbios, con toda la belleza de su raza magnífica, el príncipe heredero, vestido de oro y blanco, se tenía en su carro.

El maestro, escondido entre el vulgo sin nombre, vió pasar el cortejo, mirando, indiferente, la gloria de su hermano.

—Vanidad, vanidad—pensó, sin desear nada de aquel poder ni de toda la estupenda magnificencia de las cortes del mundo, y siguió su camino.

Se iniciaba el otoño; plétora de cosechas y orgía de colores. En la sazón del tiempo, el campo desbordaba en su fecundidad. Cálidos terciopelos y fulgurantes rasos de todos los matices. La gama de los rojos lujuriantes, pasando desde el vivo escarlata de las guindas maduras a los rosas ingenuos que se funden con los dorados en las pomar; los morados suntuosos, los ricos amarillos, sobre el inmenso verde, que triunfaban cambiante y poderoso, avasallando la ribera. Sobre aquel gran tapiz de los festines de la Naturaleza flotaba el grato aroma de las frutas maduras, un perfume exquisito que conforta como los bálsamos sagrados, que enaltece la acción como las despedidas de las esposas que quedan esperando. Aroma de la serenidad, de la dicha lograda.

El asceta, impasible ante aquel gozo de la Naturaleza, ya muerto en él todo deseo de los sentidos, suspiró.

—¡Vanidad! Vanidad son los frutos del polvo.

Mas por la huerta avanza, gentil, una muchacha; un ligero cestillo corona de flores la morena cabeza y la amable sonrisa plena de adolescencia en el hermoso rostro. Sana, pura, gozosa, llena de juventud. Los brazos, torneados, se curvan hacia arriba, sosteniendo la cesta, y las fuertes caderas son dos rítmicos arcos que acarician la seda del vestido al andar. Triunfa la curva en ella, la cintura cimbre y tiemblan en el seno dos frescos, deliciosos, frutos jamás gustados.

Alfomega mira a la niña y la virgen sonríe como ofreciéndole la luminosidad de sus dientes glotonos y de sus ojos garzos, profundos de esperanzas. Pero el asceta la contempla, indiferente, con una cruel sonrisa que dice: «Vanidad», y sigue su camino.

Ya en el sendero de la montaña, antes de comenzar la ascensión, es necesario cruzar un riachuelo manso y de pocas aguas, sobre una malsegura pasarela de tablas. El filósofo llega hasta la mitad de ella y se detiene sorprendido ante un raro espectáculo. En un remanso de la corriente, claro como un espejo, un adolescente, desnudo, se contempla en actitud estatuaría; cuando una postura le cansa ensaya otra, sin dejar de mirarse en la clara linfa. El entretenimiento debe gustarle, pues su rostro se baña en un gozo inefable.

—¿Qué haces?—interrogó el asceta.

—Me contemplo, señor. Gozo en el agua la perfección de mi belleza. Es mi única satisfacción, mi única lujuria; todo lo que está fuera de mí no me interesa.

Y como si fuese ya excesivo el tiempo que ha dedicado a su semejante, vuelve de nuevo al gozo de su contemplación con un gesto acariciador y voluptuoso.

XII

Los discípulos esperaban impacientes al maestro. Assur-Gilgamm, viejo, arrugado, con ese gesto hermético que apren-

dió en los colegios sacerdotales, de donde le arrojó la fe perdida, medita austeramente, cruzadas ambas piernas y rígidas las manos.

Tamur, adolescente, apoyado en la ventana, se halla en un vago estado de meditación nebulosa en que mil músicas confusas se insinúan en su alma; no siente nada preciso, no desea nada concreto. Es un estado placentero como el que imagina que tendrá al unirse con el *Todo*, después de haber alcanzado la purificación de su espíritu.

De los ricos carmines del crepúsculo surge la blanca silueta del maestro, gloriopuro a los ojos de los discípulos, se halla entre sus discípulos, les dice:

«He bajado hasta la ciudad y he visto a los hombres, miserables hormigas, afanándose por un grano de trigo perdido en un estercolero. Por todas partes el deseo hunde las cinco garras en los cinco sentidos y clava las siete espuelas de los siete vicios, y los hombres, cada vez más gozosos en esta esclavitud. ¿Qué pocas almas aspiran a la libertad!, a la única libertad, que está en vencer al deseo, en matarlo en nosotros, para aspirar así a la suprema unión, la fusión en el *Todo*. Porque así como siete colores se funden en la luz para formar lo blanco, la perfecta belleza, así las almas justas se unirán a lo Eterno, formando la perfecta unidad.»

Ya era noche completa. Tamur trajo un flamero y Assur-Gilgamm una gran fuente llena de arroz cocido, sin sal ni aliño alguno. Y mientras el filósofo comía, con la desgana suma del que ha matado a sus sentidos, los discípulos escribían en sus libros las palabras del maestro. Assur-Gilgamm, fielmente, sin perder una sílaba, Tamur, en una glosa rítmica que decía:

Hundirse, aniquilarse, en un divino sin mañana ni ayer. [Nada Ser y dejar de ser. Sentir la somnolencia de la propia unidad difuminada en la esencia de un todo, sin dolor ni [potencia.

XIII

Aún no mediada la noche, Alfomega sintió un extraño malestar, un horrible desasosiego, una sed espantosa que no calmaba, a pesar de la gran cantidad de agua ingerida.

—He vencido a todos los placeres; será ahora preciso que venza también al dolor.

Mas a la madrugada ya el dolor fué insufrible, y los discípulos, que acudieron a los gemidos del maestro, apenas pudieron reconocerle. Hinchado, abotargado, se elevaba su vientre de una manera monstruosa y ridícula, y el rostro, vuelto en púrpuras por una violenta congestión, no presentaba ninguno de los nobilísimos rasgos del filósofo.

Assur-Gilgamm procuró administrarle cuantos remedios aprendió de la ciencia; mas el filósofo empeoraba rápidamente, a la vista, y antes del medio día era cadáver. Un cadáver monstruoso, con la piel abultada en ridículas bolsas, como un horrible sapo, manchado de mil placas purulentas, violáceas o verdosas.

Tamur, deshecho en lágrimas a los pies del maestro, elevaba a los cielos sus manos inocentes.

—¡Oh, genios envidiosos, perversos, enemigos del maestro, que era más sabio que vosotros: tomad mi cuerpo, haced en él vuestra inmunda morada; pero no profanéis el bello asiento del alma más noble que descendió a la tierra.

Assur-Gilgamm le interrumpió:

—Cierra tus ojos a las lágrimas, si puedes, y encierra tu dolor dentro del pecho; no es conveniente que nadie oiga tus deprecaciones. ¿Qué diría la gente si viniese y viese así el cuerpo del maestro? ¡Qué descrédito y qué bochorno! Nosotros somos los depositarios de sus enseñanzas y estamos obligados a guardar su memoria limpia, sin la mancha que los murmuradores arrojarían sobre su incontinenencia, incapaces de comprender que fué la santidad la que le dió la muerte.

—¡Oh, sí; santo, santo!

Desde aquel momento se hizo el silencio, un trágico silencio, en torno del cadáver. Un pebetero ardía con maderas sagradas que preservan el cuerpo de corrupción. El antiguo sacerdote fué a buscar secretamente bálsamos y perfumes para ungir el cuerpo del filósofo...

Pero el tiempo pasaba y el cadáver adquiría cada vez un aspecto más espantoso; las manchas aumentaban y la hinchazón corría en unas proporciones alarmantes. Hacia la media noche, Assur-Gilgamm se dirigió a Tamur:

—Hermano mío: ¿estás dispuesto a todo por salvar la doctrina del maestro?

—Estoy dispuesto—respondió el joven, creyendo adivinar y disponiéndose con gozo al sacrificio.

El ex sacerdote, impasible, le ordenó: —¡Ven!

Envolvieron el cadáver en un pobre sudario y le pusieron sobre los hombros. Assur-Gilgamm iba delante.

—Yo conozco un camino por donde po-

dremos entrar en la ciudad sin ser vistos por los guardas—dijo.

En la noche cargada de perfumes, los tristes portadores atravesaron los huertos rumorosos, como llenos de un idilio de hadas, y por el cauce de una acequia entraron en la ciudad. Antes de dejar el cauce, Assur-Gilgamm recogió una buena porción de aquel barro de arcilla que se pegaba tenazmente a los pies.

Ante una casa humilde se detuvieron; el ex sacerdote se acercó a Tamur para darle instrucciones en secreto; pero el joven, al oírlos, horrorizado, se negó tenazmente:

—¡Oh, no; es infame! ¡Imposible, imposible!

—¡Es preciso!

—¡Assur-Gilgamm!

—¡Es por el maestro! ¡Es sólo por su gloria!

Tamur aún vacilaba; mas a los insistentes apremios de su compañero, asintió por fin.

—¡Sea por el maestro!

—¡Hermano! —suspiró satisfecho Assur-Gilgamm, y le abrazó.

Luego, con una maestría insospechada en él, saltó con el cuchillo la cerradura de la puerta.

Cautelosamente entraron e introdujeron el cadáver. Estaban en la casa de Omegalfa.

El filósofo dormía descuidado, envuelto en un gran cobertor de seda egipcia. Tamur, temblando, se acercó a la cama y sujetó con fuerza las dos manos del sabio; al mismo tiempo Assur-Gilgamm dejó caer sobre el rostro del desgraciado la masa aplastada de arcilla, que le cubrió como una máscara perfecta. El cuerpo de Omegalfa se estremeció en rudas convulsiones a la asfixia, y Tamur sintió en sus manos las últimas palpitaciones de la vida del infeliz filósofo. Fué cuestión de un momento. Assur-Gil-

gamm, que observaba cuidadosamente, ordenó:

—¡Ya está! ¡Vamos!

Rápidamente envolvieron el cuerpo de Omegalfa en el sudario que habían traído y dejaron en la cama el cadáver de Alfomega, tumefacto y horrible, envuelto en el cobertor de seda egipcia.

XIV

La noticia corrió por la ciudad y todo el pueblo subió en peregrinación a la montaña. El rey, al saberlo, anciano y achacoso, fué en persona, acompañado del príncipe heredero y de toda la corte, a la casa del asceta para llorar ante el cadáver. Y todos quedaron conmovidos: sobre el lecho de piedra, austero y noble, el cadáver parecía de mármol; ungido y perfumado, sonreía a la muerte como sonrió en vida, pero aún con más dulzura. Y las manos cruzadas sobre el pecho sostenían los pliegues de fina lana blanca de aquel manto immaculado que habían tejido para él las vírgenes nobles de la ciudad.

En su honor se hicieron funerales magníficos, y en la necrópolis real se guardó su cadáver en un soberbio mausoleo de mármol blanco, sobre el que descansaba una estatua yacente, en regío bronce, que reproducía con fidelidad el cuerpo del asceta en su lecho mortuario.

También supieron las gentes la muerte de Omegalfa y se escandalizaron al ver el monstruoso estado del cadáver.

—Amaba demasiado el placer.

—Gustaba de los bocados raros y exquisitos.

—Habría comido alguno de esos pescados deliciosos que, a lo mejor, traen la muerte en su sabrosa carne.

—O las raras especias aromáticas a que era tan aficionado.

Tamur, piadoso, vino con algunos esclavos, y, disimulando la emoción, hizo trasladar el cadáver a un honesto sepulcro que mandó construir en una cueva en las inmediaciones de la ciudad, y, aún más, secretamente fué a llorar muchas veces sobre aquella modesta tumba.

Assur-Gilgamm, en cambio, iba públicamente cada día a hacer meditación sobre el regio mausoleo de Alfomega, con lo cual, logró reputación de discípulo fiel del gran maestro y fué reputado.

Pero un día sobrevino el prodigio. Primero lo vió una pastorcilla; luego, gentes del campo, y, al final, fué la ciudad entera. En el sepulcro de Omegalfa se escuchaban extrañas músicas, se veían raras luces coronando la losa que ocultaba el cadáver y un perfume exquisito salía de las rendijas y llegaba hasta el campo. Las mujeres sencillas sintieron devoción por el lugar, y un día, una mujer encinta vino y cubrió de flores todo el suelo de la gruta para tener buen parto, y otros enfermos de la vista se curaron con sólo ver las luces prodigiosas que en la noche alumbraban en la cueva. Desde entonces fueron aumentando los devotos, y trajeron tapices y lámparas de bronce... Fué inútil que Assur-Gilgamm, con toda la autoridad de su virtud y de su ciencia, condenara aquellas prácticas pías que cada día iban aumentando en adeptos.

Pasaron muchos años, y un día la ciudad fué tomada por un rey extranjero, que se apoderó del palacio y destruyó las estatuas de la anterior dinastía, y con ellas la de Alfomega. En cambio, para congraciarse con el pueblo hizo grandes regalos al santuario de Omegalfa y le dotó de sacerdotes para que se ocuparan del esplendor del culto.

Huberto PEREZ DE LA OSSA

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

Dos minutos con el doctor García Fernández

De mucho tiempo a esta parte veníamos teniendo el propósito de dedicar unas cuartillas al sabio español, al benemérito médico cuyo nombre honra estas columnas, que le sirvieran de homenaje; pero empresa resultaba ésta muy difícil, dada la excesiva modestia, tan grande como su talento, del doctor García Fernández.

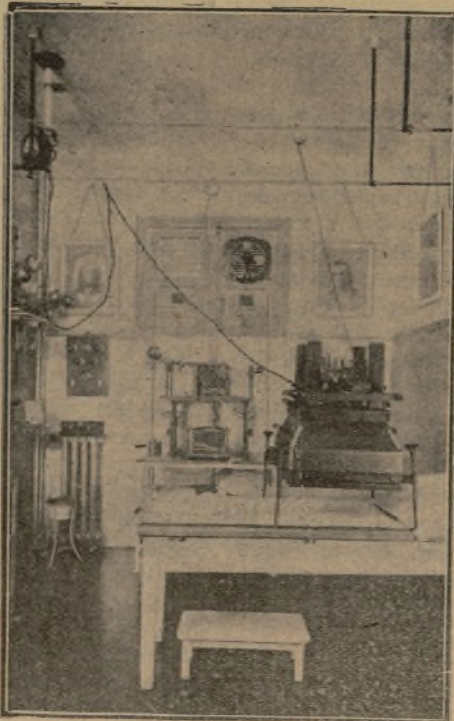
Recientemente, valiéndonos de un íntimo amigo suyo y apelando a la estratagemas de fingirnos enfermos, conseguimos que nos dedicara unos momentos este hombre excepcional, que entre los títulos que abrillantan su personalidad, ostenta el que le honra cual ninguno, y es el de mártir de la ciencia Radiológica.

El Sr. García Fernández nos mostró su clínica, en la que tiene una magnífica instalación de Rayos X, costosísima, y la más moderna quizás que existe en España. Las dependencias de la misma están blindadas con planchas de plomo para aislarlas completamente de las demás y de los pisos inmediatos. Lástima

grande es que no dispongamos de mayor espacio para publicar una amplia información gráfica de este grande hombre, sabio y bueno, y de su casa; pero ni el espacio ni la modestia del doctor nos lo permiten. Hemos de decir sólo que nos sentimos orgullosos de haber estrechado aquellas manos, dolorosamente mutiladas, del heroico doctor, que honra a su patria y a la Medicina española dedicando su vida toda a la ciencia Radiológica en beneficio de la humanidad.

El protomedicato español no debiera olvidar, en ocasiones, a estos sabios, a estos héroes, que son gloria de la Universidad, y rendirles el debido tributo. Por eso nosotros lo hacemos en este momento, y terminamos diciendo a cuantos

lo ignoren que en la calle de Sagasta, 17, vive la vida placida, santa y tranquila del hogar el doctor Misael García Fernández, miembro también del Instituto de María Cristina, ante cuya figura excelsa nos inclinamos con el mayor respeto y admiración.



De turismo.—“Garage Regium”

Nuestras tareas informativas nos llevaron al «Garage Regium», propiedad de D. Casto Martínez, para comprobar las excelencias de que nos habían hablado. El emplazamiento nos pareció acertado, pues la calle de Campoamor, de fácil acceso por la de Génova o Fernando VI, es de una amplitud que permite con entera comodidad la entrada y salida de los coches.

Ya al entrar en el edificio tuvimos la impresión de hallarnos, no en un garage, sino en el stand de una Exposición, donde se clasifican desde el modesto Ford al soberbio Hispano o Rolls Royce.

Vino a nuestro encuentro el gerente, D. Adolfo Fernández, quien, muy amable y deferente a nuestra solicitud, se prestó a acompañarnos para una sucinta reseña del establecimiento.

El edificio está construido *ad hoc*, muy sólidamente; las cabinas están distribuidas en dos pisos, con entradas independientes. Descendimos al sótano por ram-

pa amplia y de pendiente suave, que permite a los coches evolucionar con toda libertad. En el piso superior están instalados los talleres de reparación y pintura, que dirigen los Sres. De Paco y Fraile, y queda espacio para los electromecánicos hoy en estudio. Los servicios higiénicos, a la moderna; la instalación de agua, muy completa para lavar los coches a la puerta misma de su cabina y sin guardar turno; el cuarto de carga de baterías, el stock Michelin, el almacén, etc., etc., fué objeto de nuestra atención y garantizan un servicio esmerado.



Complacidos hubimos de reconocer que es merecida la predilección de que goza este garage desde su apertura, que data de poco más de un año, felicitando efusivamente a propietario y gerente por haber dotado a la capital de España de un establecimiento modelo; y porque sus iniciativas y esfuerzos han recibido tan rápidamente el favor del público.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.